

# Más judío que Jesús: Entendiendo el culto a Yeshua

Análisis de inteligencia sobre los falsificadores e impostores que insisten en llamar a Jesús "Yeshua", un nombre que Él no tenía, no usó y no salva.

JD Hall

Oct 17, 2025

La herejía más antigua y peligrosa que amenazó a la iglesia fue el judaísmo. Casi todas las epístolas del Nuevo Testamento lo abordan. Provocó el primer concilio en la historia de la iglesia (Hechos 15) y casi destruyó la primitiva comunión de los creyentes. Los judaizantes insistían en que el cristianismo mantuviera un cierto carácter judío, basado en la idea de que Dios hacía acepción de personas y que el linaje de Abraham tenía promesas de pacto fuera de Cristo.

Los judaizantes fueron una espina clavada en el costado de Pablo, insistiendo a los cristianos gentiles en que debían convertirse al judaísmo o, al menos, considerar a los judíos especiales ante Dios. Las cartas de Pablo están llenas de advertencias contra este veneno. Lo llamó «otro evangelio» (Gálatas 1:6-9), acusó a sus maestros de «embujar» a los gálatas (3:1) e incluso confrontó a Pedro «cara a cara» por ceder a él.

En esencia, la judaización es supremacía judía, que afirma que siguen siendo el “pueblo elegido” de Dios incluso en la incredulidad. Los apóstoles rechazaron esto por completo. Pablo escribió que los verdaderos hijos de Abraham son los que tienen fe (Gálatas 3:7), que en Cristo “no hay distinción entre judío y griego” (Romanos 10:12) y que los judíos incrédulos son “ramas desgajadas” (Romanos 11:17-20). En cada carta, la iglesia primitiva combatió la idea de que el evangelio fuera una continuación del judaísmo. Era su reemplazo, el cumplimiento que volvía obsoleto el antiguo pacto (Hebreos 8:13).

Qué trágico resulta que el evangelicalismo moderno, particularmente en Estados Unidos, haya resucitado esta misma herejía como su escatología. La misma idea contra la que los apóstoles lucharon hasta la muerte (literalmente, porque los

judaizantes los asesinaron) ahora llena conferencias sobre profecía, series de sermones y plataformas políticas. Lo que los primeros cristianos condenaron como blasfemia, los evangélicos estadounidenses lo defienden ahora como ortodoxia.

## EL LENGUAJE DE FALSA REVERENCIA

El llamado “movimiento Yeshua” se presenta como una corrección a la ignorancia occidental, una recuperación de la “verdadera” identidad judía de Cristo. Sus seguidores insisten en que decir “Jesús” lo deshonra, y que solo usando “Yeshua” los creyentes pueden expresar una fe auténtica. Suena piadoso, incluso erudito, pero no lo es en absoluto. Es idolatría lingüística disfrazada de reverencia. Esta fijación en la pronunciación semítica no se trata de devoción a Cristo, sino de devoción a una etnia. Es el mismo impulso que animó a los primeros judaizantes, quienes exigían que los gentiles hablaran como judíos antes de ser aceptados como cristianos.

Lo que el culto a Yeshua no entiende es que el nombre de Jesús nunca fue producto de un error de traducción. Fue dado por intención divina. **Mateo 1:21 registra la orden del ángel a José: “Le pondrás por nombre Jesús (Ἰησοῦν), porque él salvará a su pueblo de sus pecados”.**



**Eso es griego, no hebreo, y todos los manuscritos del Nuevo Testamento lo conservan así.** El Espíritu Santo no inspiró un

Evangelio hebreo para luego permitir que los traductores lo corrompieran al griego. El Nuevo Testamento fue escrito en griego desde el principio, la lengua del mundo gentil. Esa es la lengua que Dios eligió para su revelación porque el Evangelio no debía quedar atrapado en el dialecto de una sola nación. El nombre universal del Salvador es Jesús, no Yeshua, y el intento de invertirlo es un ataque a la autoridad misma de las Escrituras.

Si Mateo hubiera querido conservar una forma semítica, fácilmente podría haberlo hecho. Lo hace en muchos otros pasajes. Registra «Raca» (Mateo 5:22), «Mamón» (6:24), «Gólgota» (27:33) y «Elí, Elí, lama sabactani» (27:46). Dominaba el arameo y el hebreo, pero cuando el ángel pronunció el nombre del Salvador, Mateo lo dejó en griego. No olvidó usar el hebreo. Se negó a hacerlo. Esta distinción es importante porque la inspiración del Espíritu incluye la elección del lenguaje. Insistir en restaurar un nombre hebreo equivale a afirmar que el Espíritu Santo cometió un error en el texto que Él mismo creó. Eso no es reverencia, sino incredulidad.

## **EL MUNDO MULTILINGÜE DE JESÚS**

Palestina en el siglo I no era un gueto de habla hebrea. Era una encrucijada de culturas griega, aramea y latina. Las monedas se acuñaban en griego. Los edictos gubernamentales se publicaban en griego. Las Escrituras que se leían con mayor frecuencia en las sinagogas provenían de la Septuaginta, que estaba en griego. Los propios discípulos tenían nombres griegos. Santiago era la forma griega de Jacob. Juan era la forma griega de Yohanan. Pedro era la forma griega de Shimon, y su nuevo nombre, Cefas, fue traducido directamente al griego Petros por el mismo Cristo. Andrés y Felipe tenían nombres completamente griegos, no derivados del hebreo. Esteban, el primer mártir, tenía un nombre griego que significa «corona». Incluso Pablo, antes llamado Saulo, adoptó un nombre griego tras su conversión.

Así pues, cuando el culto a Yeshua insiste en que Cristo debe ser llamado por su «nombre hebreo original», ignora la realidad histórica de que los judíos del siglo I no vivían en un entorno puramente hebreo. El griego era la lengua común

del comercio, el derecho y el habla cotidiana. Cuando el ángel nombró al Salvador en griego, no fue un acto de adaptación cultural, sino de soberanía divina. Al Hijo de Dios se le dio un nombre que podía pronunciarse en todas las naciones bajo el cielo. Reinterpretar ese nombre como hebreo equivale a revertir Pentecostés y retroceder a Babel.

Si alguien hubiera gritado «¡Yeshua!» en un mercado de Galilea, probablemente el Señor no habría vuelto la cabeza. Ese no era el nombre por el que se le conocía. Era Jesús para judíos y gentiles por igual, el único nombre reconocido en todas las lenguas. No es una traducción de un nombre hebreo; es el nombre mismo, elegido por Dios para un mundo que ya no separaba lo sagrado de lo secular por raza o tribu. El intento del culto a Yeshua de resucitar la exclusividad hebrea traiciona la universalidad misma que Cristo adquirió con su sangre.

## **JUDIZACIÓN 2.0**

Los apóstoles condenaron a los antiguos judaizantes como falsos hermanos (Gálatas 2:4). Advirtieron a la iglesia que no permitiera que nadie los juzgara por festividades o sábados (Colosenses 2:16-17). Declararon que el antiguo pacto era obsoleto y estaba desapareciendo (Hebreos 8:13). Y aquí estamos, dos mil años después, viendo cómo los evangélicos repiten la misma herejía con el mismo celo ciego. El culto a Yeshua no honra la herencia de Cristo, sino que niega su victoria. Afirman que el mundo debe volver a la sombra del Sinaí en lugar de vivir a la luz del Calvario.

Este movimiento prospera porque los evangélicos modernos han confundido el sentimiento con la erudición. Creen que pronunciar unas pocas sílabas guturales los hace más auténticos que los cristianos «griegos» que nos legaron el canon. En realidad, no se diferencian de los gálatas, quienes pensaban que la salvación podía mejorarse con un poco de autenticidad cultural. Pero Dios ya ha hablado. El nombre que Él dio es el nombre que salva, y ese nombre es Jesús.

El culto a Yeshua no es un retorno a las raíces. Es un retorno a la esclavitud. Toma la libertad del

Nuevo Pacto y la entierra bajo los escombros del antiguo. Convierte la fe universal en algo provincial. Reemplaza la cruz con una circuncisión verbal. Y demuestra que la herejía judaizante, aunque tiene dos milenios, nunca ha muerto realmente. Solo cambia de apariencia.

## **EL GRIEGO DE DIOS**

El nombre de Jesús no es incidental en las Escrituras, sino fundamental para la salvación misma. Pedro declaró: «No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). Pablo escribió que Dios lo exaltó y le dio «el nombre que está sobre todo nombre» (Filipenses 2:9-10). Los demonios tiemblan ante su nombre (Lucas 10:17). Los enfermos son sanados por él (Hechos 3:6). Los pecados son perdonados por medio de él (Hechos 10:43). Sugerir que el registro de ese nombre por Mateo fue casual o sin importancia es absurdo. El nombramiento angelical fue un acto divino, y su preservación en griego fue deliberada.

Afirmar que «Jesús» es una mala traducción o una degradación es acusar al Espíritu Santo de malinterpretar la inspiración. Es decir que Dios dio su Palabra en griego, pero que debemos corregirlo. Eso no es reverencia por las Escrituras, sino rebelión contra ellas. El culto a Yeshua, en su obsesión por la autenticidad lingüística, trata el texto griego inspirado como si fuera una copia inferior, como si Dios necesitara ayuda para recuperar lo que supuestamente quiso decir. Pero Dios no necesita traductores. Él escribió lo que quiso decir desde el principio.

La idea de que «Yeshua» es más santo o auténtico que «Jesús» es una especie de farsa espiritual. Imagina que la santidad se puede alcanzar mediante la pronunciación. El veneno del judaísmo es tan oscuro y terrible que ni siquiera Jesús es lo suficientemente judío para ellos. A pesar de que María y su hermano Santiago tenían nombres griegos, insistieron en que Jesús fuera llamado de otra manera para enfatizar su judaísmo más de lo que él mismo lo hacía. No es de extrañar que prefiriera el título de «Hijo del Hombre» y nunca se refiriera a sí mismo como «Rey de los Judíos». (No es que no fuera cierto, sino que su judaísmo no

era algo que le importara demasiado). Vino como el Mesías para toda la humanidad, no solo para los judíos.

Jesús no vino a los judíos porque fueran especiales. Vino a los judíos porque su propósito era morir como expiación por nuestros pecados, y los judíos eran quienes tenían más probabilidades de asesinarlo. Su misión de salvación requería la muerte. Los judíos fueron elegidos, pero de la misma manera que Judas fue elegido y Cristo le dijo la noche de su traición que cumpliera su destino.

## **EL HEBREO QUE NO ES**

Una de las verdades más incómodas para los judaizantes modernos es que Dios mismo desmanteló la lengua hebrea. La era del Antiguo Testamento no terminó con un triunfo, sino con la destrucción de Jerusalén y el exilio babilónico. Los judíos fueron dispersados entre naciones que hablaban arameo, acadio y, posteriormente, griego. La lengua de Moisés, David e Isaías no sobrevivió intacta a esa dispersión. En tiempos de Esdras, era necesario explicar las Escrituras al pueblo «para que comprendieran la lectura» (Nehemías 8:8), pues el judío común ya no entendía las palabras. El arameo había reemplazado al hebreo en la vida cotidiana, y para cuando nació Cristo, incluso el arameo había sido superado por el griego común del imperio. El lenguaje de la revelación de Dios había cumplido su propósito, y Dios mismo lo retiró.

Los judíos que regresaron del exilio jamás volvieron a hablar el hebreo bíblico original. Lo que sobrevivió fue un vestigio litúrgico, preservado por escribas y sacerdotes, pero que no se hablaba en los hogares ni en los mercados. Para cuando Jesús caminó por Galilea, el hebreo era principalmente una lengua del templo. El pueblo hablaba griego y arameo, las lenguas del imperio y del comercio. Cuando el Espíritu Santo eligió el griego para el Nuevo Testamento, no fue una degradación del hebreo, sino la consagración del Evangelio universal. El antiguo pacto había sido local; el nuevo, global. La antigua lengua se había limitado a una sola nación; la nueva llegaría a todas las naciones.

Pero Dios no había terminado de dismantelar la exclusividad judía. En el año 70 d. C., destruyó el templo. En los siglos siguientes, dispersó nuevamente al pueblo en la Gran Diáspora. El resultado fue la muerte definitiva del hebreo como lengua viva. Los judíos hablaban yiddish en Europa, ladino en España y árabe en el norte de África. El hebreo siguió siendo únicamente una lengua ceremonial de oración y erudición. El Dios que confundió las lenguas en Babel se aseguró entonces de que la lengua del antiguo pacto jamás volviera a limitar su revelación a un solo pueblo. Cuando llegó el Evangelio, llegó a toda lengua, tribu y nación.

## LA REINVENCIÓN DE UN IDIOMA

A finales del siglo XIX, surgió entre los sionistas un movimiento para resucitar el hebreo. Pero el hebreo que inventaron no era el de Moisés ni el de David. Era una lengua híbrida, construida a partir de fragmentos de las antiguas Escrituras, mezclada con sintaxis europea y moldeada por la gramática del yiddish y el ruso. Eliezer Ben-Yehuda, a menudo llamado el padre del hebreo moderno, simplemente construyó un patrón de habla funcional a partir de palabras antiguas y modismos modernos. Su hebreo «revivido» fue una invención lingüística, no un redescubrimiento. Tenía pronunciación sefardí, pero una estructura completamente moderna. El hebreo que se habla hoy en Tel Aviv sonaría extraño para Isaías o Jeremías, y totalmente ajeno para Cristo.

El hebreo bíblico original era pictográfico, poético y repleto de imágenes agrarias. La versión moderna es industrial, burocrática y europea en ritmo y sintaxis. No es una resurrección de la lengua sagrada, sino una reinvencción de la misma. Los lingüistas han observado desde hace tiempo que el renacimiento del hebreo produjo una nueva lengua con vocabulario antiguo, de forma muy similar a como el latín se transformó en italiano. Conserva las mismas palabras, pero carece del espíritu original. En resumen, el hebreo moderno es al hebreo antiguo lo que el esperanto es al latín: un puente artificial construido para la identidad nacional, no para la revelación divina.

Por eso, la insistencia del culto a Yeshua en usar términos hebreos no solo es teológicamente absurda, sino también históricamente ignorante. El «Yeshua» que invocan no es el nombre que Cristo habría escuchado, porque el idioma que usan aún no existía. El hebreo moderno que idealizan fue creado por nacionalistas europeos, no por profetas inspirados. Es un idioma de museo, revivido por sionistas seculares, no por el Espíritu Santo. Los judíos de la época de Jesús no entenderían el habla de la Jerusalén moderna, así como un inglés del siglo XVI no podría entender la jerga de Silicon Valley. Imaginar que Dios se honra volviendo a un idioma que Él mismo disolvió es malinterpretar tanto la historia como la providencia.

La muerte y la reinvencción del hebreo no son accidentes históricos. Son actos providenciales de Dios. Él puso fin al antiguo pacto, al antiguo templo y al antiguo sacerdocio, y con ellos, al antiguo idioma. Cuando el Verbo se hizo carne, también se volvió griego para las naciones.

El culto a Yeshua y sus imitadores evangélicos han pasado por alto este patrón divino. Creen que el camino de regreso a Dios pasa por el vocabulario de una nación que crucificó a su Hijo. Pero Dios ya ha hablado en el idioma que Él eligió. Su Hijo no es una palabra hebrea que deba recuperarse, sino una Palabra viva que reina.

El Evangelio ya no se expresa con el acento estrecho de Israel. Se expresa en todas las lenguas bajo el cielo. Dios mismo lo garantizó. La lengua del antiguo pacto murió por decreto suyo, y el nuevo pacto fue sellado en la lengua de las naciones. La iglesia que intenta resucitar el hebreo como lengua sagrada está desenterrando el cadáver de un pacto que Cristo ya cumplió.

El Nombre de la salvación es Jesús. Es el nombre que el Padre exaltó sobre todo nombre. Es el nombre que predicaron los apóstoles, que temieron los demonios, que los mártires confesaron hasta la muerte y que ahora cantan los redimidos de toda nación. No es hebreo, ni griego, ni latín. Es eterno. Es el nombre que trasciende toda lengua porque pertenece al Rey de toda nación.